

nunca en sus doncellas. Por último, quitan á los garbanzos escogidos para el loro, la excesiva grasa, que le hace daño; con sus dientes parten los nueces, que limpias y mondaditas le van entregando una á una, y que el loro pasa, bocado á bocado desde su pie convertido en mano al pico; se privan de comer la manzana más sabrosa de las que viniéron para el postre ó el racimo de úvas más maduro para dárselo al lorito, y no entra en la casa golosina que no se principie para que la esirene el loro. El loro es siempre el ser más mimado de la familia.

No es propia solamente de los frívolos tiempos en que nos ha tocado vivir esta predileccion por el papagayo. Si no tan hermosos en plumaje como los de ahora, parecidos en el pico, en la voz y en las costumbres, conocieronlos también en Roma, donde llegaron á costar más caros que un esclavo, y donde se les guardaba en jaulas de mástil y de concha. Verdad es que en cuanto á costar más caros los papagayos que los hombres, también entre nosotros es de uso frecuente. Hombres hay que pasan la vida como esclavos, y ménos que un esclavo cuestan á su patria, y los pagados como si fueran hombres, porque á primera vista lo parecen.

A los papagayos que ya se conocían y apreciaban en el antiguo continente, agregáronse los que Colon empezó á traer de América. El nuevo mundo envía desde entonices al viejo, ó le da á conocer sus papagayos, y á la verdad que los produce excelentes y aun excellentísimos.

Si el tener papagayo fué hasta aquella fecha propio de hombres acaudalados, por lo mucho que costaban, desde aquellos tiempos tener un loro con todos los requisitos debidos indica no ménos espléndida y opulenta posición social.

Llevar en el coche un lacayo negro, y detrás de los niños una criada del mismo color, y sacar al balcon un papagayo, son terminantes indicios de riqueza adquirida,—no importa á nadie cómo— en el otro mundo. El loro, en este caso, con sus gritos es una especie de trompeta de la fama, pregonando continuamente que su dueño es indiano que viene, ó lo que es lo mismo, que es hombre de dinero, porque quién vuelve de América con loro y negros sin traerlo en abundancia?

Dócil y cariñoso el perro, ágil en sus saltos y carreras y elegante en todas sus posturas el gato, nos divierten con su compañía agradablemente; en la incansable viveza y la dulce voz del canario encontramos inocente recreo; en el cariño maternal con que ceba la tórtola á sus polluelos dulce emoción, que conmueve el alma, y hasta el caballo que montamos en paseo nos acompaña agradablemente, alegrándose á la vista del campo, como se alegra el jinete, demostrando asombro ó recelo ante los mismos objetos que á éste le chocan, y animándose con la voz, ó con las caricias de su amo.

Pero la sociedad de los loros, qué recreo puede producir? ¿qué placer, que llegue á cualquiera de las fibras del corazón? No busques en los loros, el amor hacia los hijuelos. El loro es un solteron sin fa-